

de los extremos; de este modo hicimos pasar nuestro equipaje y el perro, y nos dispusimos á saltar nosotros. Por debajo de la eminencia en que habíamos colocado el tronco, había un precipicio que no tendría menos de 500 á 600 pies de profundidad; si los helechos y los lirios no hubiesen disimulado en parte este abismo, habría yo tenido vértigo, y me hubiera sido imposible salvar estos arriesgados pasos. Seguimos nuestra ascensión, unas veces atravesando pequeñas plataformas, otras marchando por crestas divisorias de profundas quebradas. En las Cordilleras había yo visto montañas mucho mayores, pero ni con mucho tan ásperas y accidentadas. Al caer la tarde, llegamos, por fin á un punto llano, á la orilla del torrente que habíamos ido siguiendo, y que no es más que una serie continua de cascadas, y establecemos en aquel sitio nuestro vivac para la noche. A los dos lados del desfiladero hay verdaderas selvas de bananeros de monte, cuajados de frutas maduras; muchos de estos árboles tenían de 20 á 25 pies de altura, y de 3 á 4 de circunferencia. En pocos minutos nos construyeron los taitianos una magnífica casa con pedazos de cortezas, sostenidos por cuerdas y tallos de bambú en vez de postes, cubierto todo con hojas inmensas de bananero; haciéndonos después una cama blandísima con hojas secas.

Prepáranse á encender fuego para guisar la cena, y lo obtienen frotando un pedazo de madera, cortado en punta tosca, en una ranura hecha en otro leño, como si se propusieran agrandar ésta; á fuerza de frotar se inflama la madera. Para este uso no emplean más que una madera sumamente blanca y muy ligera (*Hibiscus liliaceus*), la misma que les sirve para portear pesos, y con la que hacen las canoas. De este modo se proporcionan lumbre en pocos segundos; pero para el

que no sepa la manera de hacerlo, es muy difícil, y no se logra el resultado sino á costa de muchísimo trabajo; yo conseguí hacer fuego, y me sentía orgulloso de haberlo obtenido. El gaucho de las Pampas emplea diferente método; toma un palo flexible como de 18 pulgadas de largo, apoya uno de sus extremos en el pecho y aplica el otro, cortado en punta, en un agujero hecho en medio de un trozo de madera; haciendo girar entonces con mucha rapidez la parte curva del palo, como si fuese un berbiquí, préndese el fuego en la madera. Cuando los taitianos tuvieron encendida la lumbre, tomaron una veintena de piedras como del tamaño de una pelota común, y las colocaron sobre el leño inflamado. Diez minutos después se había consumido la madera, y las piedras estaban calientes. Durante este tiempo habían envuelto en hojas los trozos de carne de vaca, los peces y las bananas que querían cocer, y después colocaron estos paquetitos entre dos capas de piedras calientes, y lo cubrieron con tierra de modo que el vapor no pudiese escapar. Al cabo de un cuarto de hora estaba cocida la cena, y todo resultaba delicioso. Presentaron la comida en hojas de bananero, y sirvieron de tazas las cáscaras de las nueces de coco: pocas veces he comido tan bien.

Imposible era dirigir la vista sobre las plantas que nos rodeaban sin experimentar la mayor admiración. Por todas partes se veían bosques de bananeros, cuyos frutos, aunque utilizables en grande escala para la alimentación, se podían en el suelo en cantidades increíbles. Delante de nosotros se extendía un campo inmenso de cañas de azúcar silvestres, y, por último, á los lados del torrente enormes cantidades de *ava*, planta de tallo nudoso, verde oscuro, y tan famosa en lo antiguo por sus poderosas cualidades embriaga-

doras. Yo masqué un pedacito, pero le encontré un gusto muy desagradable y acre, hasta el extremo de parecerme que mascaba una planta venenosa. Gracias á los misioneros no crece ya esta planta más que en los desfiladeros más apartados. Muy cerca pude ver el yaro silvestre, cuyas raíces cocidas son muy buenas de comer y cuyas hojas tiernas son mejores que las espinacas. También se encuentran allí la batata silvestre y una planta liliácea llamada *ti*, que crece en gran abundancia: tiene una raíz parda, blanda y tan semejante á un tarugo de madera, que pueden confundirse: esta raíz nos sirvió de postre; es tan azucarada como la melaza y tiene un gusto muy agradable. Hay además otras muchas especies de frutas silvestres y plantas útiles. En el torrente pequeño se ven muchas anguilas y bastantes cangrejos. No podía por menos de admirar esta escena y compararla con un punto no cultivado de las zonas templadas; y cada vez me convencía más de que el hombre, ó al menos el hombre salvaje, cuya razón está todavía en parte sin desarrollar, debe ser hijo de los trópicos.

Antes que cerrase del todo la noche fui á pasearme á la sombra de los bananeros, subiendo por el torrente; pero no tardé en verme detenido, porque el torrente formaba una catarata en aquel punto de 200 ó 300 pies de altura; y más arriba había todavía otra. Menciono todos estos saltos en el curso de mi camino para dar idea de la inclinación general del suelo. La pequeña depresión en que el torrente se precipita está rodeada de bananeros, y al verlos, diríase que jamás ha soplado el viento en este sitio, porque las grandes hojas de estos árboles, cubiertas de espuma, están perfectamente intactas, en vez de romperse en mil filamentos como de ordinario acontece. Suspendi-

dos como lo estamos en un costado de la montaña, presentan un magnífico espectáculo los profundos valles inmediatos: por otra parte, las montañas altas del centro de la isla nos ocultan en parte el cielo. ¡Qué sublime espectáculo es ver desaparecer gradualmente la luz en estos elevados picos!

Antes de acostarse el viejo taitiano se puso de rodillas y con los ojos cerrados, repitió una larga oración en su lengua materna. Rezó como verdadero cristiano que no teme el ridículo, ni hace ostentación de su piedad. Tampoco ninguno de mis dos guías hubiese probado bocado sin decir primero una corta oración. Los viajeros que piensan que el taitiano no reza más que delante del misionero hubieran debido encontrarse con nosotros esta noche en medio de la falda de las montañas. Lluve muchísimo durante la noche; pero nuestro techo de hojas de bananero nos garantiza contra la lluvia.

Al apuntar el día preparan mis guías un excelente almuerzo, como la cena de la vispera. En verdad para ellos es una fiesta la comida: pocas veces he visto gente que coma tanto. Supongo que deben tener dilatado el estómago, porque la mayor parte de sus alimentos son frutas y legumbres que, en determinado volumen, contienen una parte relativamente pequeña de elementos nutritivos. Sin saberlo, impulsé á mis acompañantes á violar una de sus leyes; llevaba para mi uso un frasco de aguardiente y tanto les animé á que lo bebiesen, que no pudieron negarse; pero en cuanto hubieron tomado el primer sorbo se pusieron el dedo sobre los labios pronunciado la palabra: «Misioneros». Hace unos dos años, y á pesar de estar prohibida el *ava*, produjo tan espantosos estragos la embriaguez á consecuencia de la introducción de los

alcoholes, que los misioneros tuvieron que convencer á los hombres más inteligentes, capaces de comprender el peligro de la rápida despoblación del país, para que constituyesen una sociedad de templanza. Arrastrados por el buen sentido ó avergonzados de quedarse fuera, todos los jefes y la misma reina se hicieron miembros de la sociedad. En el acto se votó una ley prohibiendo la introducción de alcoholes y castigando con multa al que introdujera ó vendiese este artículo prohibido. Para llevar la justicia hasta el extremo se concedió un plazo para consumir las existencias que hubiese en la isla; pero el día en que debía comenzar á regir la ley se giró una visita general, de la que ni siquiera se exceptuaron las casas de los misioneros y se arrojó á las calles cuanta *ava* se encontró (los indígenas dan el nombre genérico de *ava* á todos los alcoholes). Considerando los efectos de la intemperancia en los indígenas de ambas Américas, creo que cualquiera que estime á Taití debe estar agradecido á los misioneros. Todo el tiempo que la pequeña isla de Santa Elena perteneció á la Compañía de las Indias Orientales se prohibió allí la venta de alcoholes, por el daño que había causado, y se llevaba el vino del Cabo de Buena Esperanza. Es muy extraño y casi no nos favoreció el que en el mismo año en que se permitía de nuevo la venta de alcoholes en Santa Elena, prohibió su uso el pueblo de Taití.

Después de almorzar emprendemos otra vez nuestra marcha. El único objeto que me proponía era ver un poco el interior de la isla; y volvemos, por consiguiente, por otro sendero que nos conduce algo más abajo al valle principal. Al principio es muy difícil la marcha en este costado de la montaña que cierra el valle; pero luego que el terreno se allana algo, atra-

vesamos verdaderas selvas de bananeros silvestres. Cuando se ve, bajo la obscura sombra de estos árboles, á los taitianos desnudos y pintados, y con la cabeza adornada con flores, sin poderlo remediar se piensa en los habitantes de un mundo primitivo. Para bajar al valle tenemos que seguir una larga serie de desigualdades de la roca, muy estrechas y tan inclinadas en algunos sitios como una escalera; pero están cubiertas de magnífica vegetación. El cuidado extraordinario que hay que poner para asegurarse bien á cada paso hace la marcha cansadísima. No dejaba de sorprenderme á la vista de tantas escarpaduras y precipicios; y cuando posado como un pájaro, en uno de esos salientes de la roca ví el valle á mis pies, encontrándome aislado en el aire me parecía ir en un globo. Sólo una vez tuvimos que valernos de las cuerdas, en el punto en que el sendero se une con el valle principal. Pasamos la noche debajo de la roca en que habíamos comido la víspera; noche muy hermosa, muy apacible y de obscuridad muy densa, por lo profundo de la cañada, y su anchura muy escasa.

Confieso que antes de ver el país por mí mismo. no podía comprender bien, dos hechos referidos por Ellis: 1.º, que después de las terribles batallas de los tiempos antiguos los supervivientes del partido vencido se retiraron á las montañas, donde un puñado de hombres podía resistir á todo un ejército. Y es seguro que media docena de hombres hubiesen bastado para rechozar á mil en el sitio en que tuvimos que valernos de un tronco como escalera; 2.º, que, después de la conversión de los habitantes al cristianismo, quedaron en las montañas hombres salvajes, cuyas guaridas eran desconocidas para los más civilizados.

20 de Noviembre.—Emprendemos de nuevo el ca-

mino, muy temprano para llegar al mediodía á Matavai. En el camino nos encontramos una cuadrilla de hombres robustísimos que van á buscar bananas silvestres. Al llegar me dicen que no pudiendo el barco proporcionarse agua dulce en cantidad suficiente ha ido á anclar al puerto de Papawa y me dirijo en seguida á dicho punto, que es muy bonito. La bahía está rodeada de arrecifes y tan tranquila el agua como un lago; los terrenos cultivados, cubiertos de hermosas producciones de los trópicos, bajan hasta la orilla; por todas partes se ven quintas.

Antes de llegar á esta isla había yo leído muchos relatos contradictorios sobre el carácter de sus habitantes, y por lo tanto deseaba más juzgar por mí de su estado moral, por más que este juicio hubiera de ser necesariamente imperfecto. Las primeras impresiones dependen casi siempre de ideas preconcebidas. Lo que yo sabía acerca de estas islas lo había visto, en su parte principal, en la obra de Ellis (*Polynesiam Researches*), obra admirable y en extremo interesante pero en la que todo se presenta por el lado más favorable. Había leído también la relación del viaje de Beecheg y la de Kotzebue, encarnizados enemigos de todo cuanto oliese á misioneros. Comparando estos tres relatos puede formarse una idea bastante exacta de lo que es Taití en el momento actual (1835); pero sin embargo, los dos últimos autores citados me habían dado una opinión del todo inexacta, esto es, que los taitianos se habían vuelto sombríos, perezosos y que tenían un miedo espantoso á los misioneros. Declaro no haber encontrado vestigios de tal sentimiento, á menos que se confunda el temor con el respeto. Creía encontrar un pueblo descontento, y aseguro, por el contrario, que sería muy difícil hallar en Europa una nación

tan alegre y tan dichosa. Sólo se les critica á los misioneros como una pequeñez y una locura el haber prohibido el uso de la flauta y del baile; también les critican la estricta observancia del Domingo, que en estas islas han establecido. Yo que no he llegado á estar aquí ni siquiera tantos días como años han estado otros no me creo autorizado para dar opinión acerca de este punto.

En resumen, paréceme que los sentimientos morales y religiosos de los habitantes son dignos de estudio. Muchas personas hay que atacan con mayor viveza todavía que Kotzebue, ora á los misioneros, ora su sistema, ora los resultados que de éste han obtenido; pero no se toman el trabajo de comparar el estado actual de la isla con el de hace apenas veinte años, ni aun con el estado de Europa en nuestra época: querrian encontrar en esta isla la perfección cristiana; querrian que los misioneros hubiesen logrado lo que los mismos apóstoles no alcanzaron; no piensan más que en acusar á los misioneros de no haber traído á estos pueblos al estado de moralidad más perfecto, en lugar de elogiar los resultados que han obtenido. Olvidan éstos ó no quieren recordar, que los sacrificios humanos—el poder de los sacerdotes idólatras—un sistema de disolución sin ejemplo en ninguna otra parte del mundo—el infanticidio, consecuencia de este sistema—las guerras crueles, durante las cuales no perdonaban los vencedores ni á las mujeres, ni á los niños, han desaparecido hoy; que la introducción del cristianismo ha reducido mucho el fraude, la intemperancia y el vicio. Olvidar todo esto es una ingratitud en un viajero, que si llega á naufragar en alguna costa desconocida debe desear vivamente que las enseñanzas de los misioneros hayan penetrado hasta ella.

Dicese, es cierto, que no son ahora las mujeres mucho más virtuosas que lo eran antes; pero antes de maldecir de los misioneros conviene recordar las escenas descritas por el capitán Cook y Mr. Banks, en que tienen puesto como actrices las abuelas y las madres de las mujeres de hoy. Los más severos deberían acordarse de que la buena conducta de las mujeres en Europa, proviene, en parte, de las lecciones y de los ejemplos que las madres dan á sus hijos, tanto como de los preceptos religiosos. Pero inútil es razonar con esas gentes; pues estoy convencido de que encolerizados por no haber encontrado tantas facilidades para el vicio como en otro tiempo no quieren conceder el honor de este progreso á una moral que no desean en modo alguno practicar, ó á una religión que rebajan si no desprecian.

*Domingo 22.*—El puerto de Papieté, donde reside la reina, puede considerarse como la capital de la isla; también tiene allí su asiento el gobierno, y allí acuden la mayor parte de los buques. El capitán Fitz-Roy llevo á este punto una parte de la tripulación para que oyesen el Oficio divino, primero en taitiano y luego en inglés. Celebró el Oficio Mr. Pritchard, misionero principal de la isla. La capilla, construida de madera, estaba completamente llena de gente, limpia y muy comedida, de todas edades y sexos. No quedé muy satisfecho de la atención que prestaban al Oficio, pero quizá esperaba ya demasiadas lindezas. De todas maneras, sería muy difícil encontrar gran diferencia entre el Oficio divino celebrado en Taití y el de una aldea cualquiera de Inglaterra. El canto de los himnos era muy agradable, pero el sermón, aunque el orador se expresaba con facilidad, resultaba bastante monótono, quizá por la repetición constante de las pala-

bras: *Tata ta mata mai*. Después del Oficio inglés nos volvimos á pie hasta Matavai, paseo delicioso, unas veces á la orilla del mar, otras á la sombra de magníficos árboles.

Hace unos dos años que un barquito que llevaba el pabellón inglés fué saqueado por los habitantes de una isla comprendida en los dominios de la reina de Taití. Atribuyóse este acto á ciertas órdenes dadas por su majestad; y el gobierno inglés pidió una compensación, que fué aceptada, conviniendo en que se pagaría una suma de cerca de 3.000 dollars el día 1.º de Septiembre último. El comandante de la escuadra de Lima había ordenado el capitán Fitz-Roy que se ocupase de este asunto y de pedir satisfacción si no se le entregaba el dinero conforme se había convenido. Pidió éste, por lo tanto, una audiencia á la reina Pomaré, famosa después por los malos tratos que le hicieron sufrir los franceses, y ella ordenó que se reuniese, bajo su presidencia un parlamento, compuesto de los principales jefes de la isla, para estudiar esta cuestión. No trataré de describir esta escena, después de haberlo hecho ya, y de un modo tan interesante, el capitán. No se había entregado el dinero y tal vez las razones aducidas para explicar el retraso no eran del todo satisfactorias; pero no encuentro palabras para expresar la sorpresa que experimentamos todos viendo el buen sentido, la energía del razonamiento, la moderación, el candor, la prontitud de resolución que mostró el parlamento. Salimos todos de la reunión con una idea muy diferente respecto de los taitianos, de la que llevábamos al entrar. Los jefes y el pueblo resolvieron subscribirse para obtener á prorrata la cantidad necesaria. El capitán Fitz-Roy las hizo notar que era duro sacrificar sus propiedades